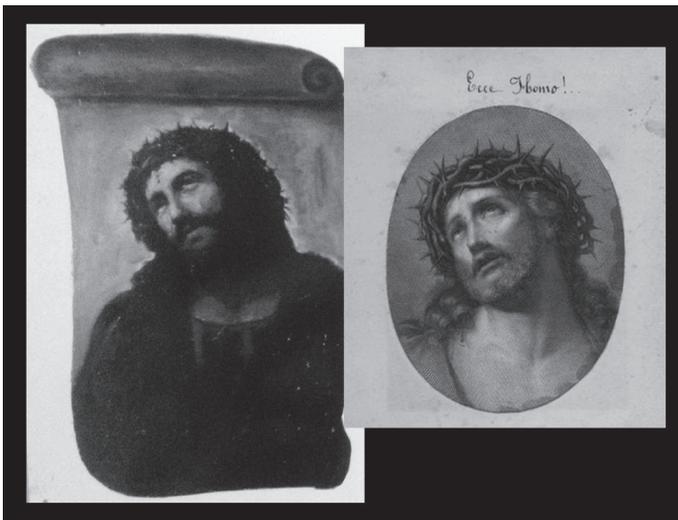


La resignificación del monumento: del *Ecce homo* a la torre de Matrera

Antoni González Moreno-Navarro

Un martes del mes de agosto de 2012, en Twitter, fue *trending topic* un trabajo llamado de restauración. Sabéis bien a qué me refiero. Y es posible que conozcáis todos los detalles del suceso y que tengáis una opinión formada. Hoy, con vuestro permiso, quiero sacarle punta a ese suceso y por ello voy a recordarlo, a exponer algunos antecedentes y algunos consecuentes. Empiezo por los primeros.

En la iglesia del Santuario de la Misericordia, en el término de Borja, en la provincia de Zaragoza, no sabemos exactamente cuándo, pero posiblemente hacia 1930, se pintó sobre una pilastra una imagen que, al parecer, era copia de uno de los varios *Ecce homo* que en la primera mitad del siglo xvii pintara el boloñés Güido Reni. Posiblemente, la reproducción se hizo teniendo a la vista una copia de un grabado muy posterior, quizá aquel que en el siglo xix hiciera el alemán William French; o quizá de una estampa religiosa (un recordatorio o una esquela mortuoria, en las que tan frecuentemente se reproducen esas imágenes). La pintura se realizó al óleo, directamente sobre el enlucido que cubre la pilastra, sin aplicar previamente preparación alguna.



*Se pintó posiblemente
hacia 1930, copia quizá
de una estampa religiosa.*



Autorretrato del pintor valenciano Elías García Martínez (c. 1910).



Con el transcurso del tiempo la pintura se fue deteriorando, por lo que de vez en cuando fue repintada.

No se sabe con absoluta certeza quién hizo esa pintura mural. Es posible y muy probable que fuera el pintor valenciano Elías García Martínez. Alumno de la Escuela de Bellas Artes de Valencia, acabó la carrera en Barcelona. Luego residió en Zaragoza, donde fue profesor en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos. Como pintor cultivó el retrato, el tema religioso, el paisaje, las naturalezas muertas, los bodegones, las flores, los animales, las escenas de vida cotidiana, incluso la decoración arquitectónica. En Requena se conserva la casa donde nació, sita en la calle que hoy lleva su nombre.

Hay quien dice, sin embargo, que el *Ecce homo* borjano lo realizó su hijo, Luis García Condoy, pintor diletante que fue delegado de Hacienda en Borja. Sea quien fuere, hay constancia de un escrito del autor informando de que aquella obra es, simplemente, el «resultado de dos horas de devoción a la Virgen de la Misericordia». Con el transcurso del tiempo la pintura se fue deteriorando, por lo que de vez en cuando fue puntualmente repintada, siempre por alguien de la devota feligresía de la parroquia de Borja, bajo cuya jurisdicción se halla el Santuario.

La verdad es que, considerando a esa pintura más un objeto de devoción que de arte, ni la propiedad del Santuario ni las autoridades locales le habían dado nunca la más mínima importancia ni al deterioro ni a su mantenimiento. Y siguiendo ese tradicional proceder en el verano de 2012, la feligresía Cecilia Giménez Zueco, pintora aficionada y ardiente devota del busto coronado de espinas, viendo que la obra se había deteriorado más de la cuenta, con el implícito pláceme de propiedad y autoridades, y a la vista de quienes entraban y deambulaban por la iglesia, procedió a repintar la imagen de nuevo.

Empezó por la túnica y al llegar al rostro del crucificado se le fue la mano y, quizá, asustada, sin saber cómo seguir o echar marcha atrás, ahí lo dejó. Con tan mala (o buena) fortuna, sin embargo, que alguien avisó de inmediato al Centro de Estudios Borjanos, institución que el 7 de agosto colgó en su *web* una acongojada alerta referente al presunto disparate. Poco después, los diarios locales y nacionales y más tarde otros del extranjero dieron parte del desaguisado y las llamadas redes sociales acabaron por universalizarlo. Hay que entenderlo, era verano en medio planeta y la imagen se prestaba a los fotomontajes y, sin duda, al cachondeo.

A partir de ese momento, las visitas, no ya las virtuales, sino las corpóreas, se multiplicaron llegando a ser tumultuosas y el Ayuntamiento, que en principio hizo gestiones con un grupo de restauradores profesionales para tratar de enmendar el entuerto, al darse cuenta de que lo que estaba siendo de interés mundial era precisamente eso, el entuerto protagonizado por la vecina diletante, comprendió rápidamente cuál era el camino a seguir.

El 29 de julio de 2014, de vuelta en coche hacia Barcelona con mi hija Adriana y pasando por allí cerca, fue inevitable hacer lo que hicimos. A la altura de Borja, giramos a la izquierda y enfilamos hacia el Santuario de la Misericordia. A la señalización antigua, que anunciaba el santuario a secas, se superponía otra que conducía al *Ecce homo*. Fue el primer síntoma de que en el pueblo, alguien, había cogido el toro por los cuernos. Fue una experiencia excitante: enfiar un monte, con un monigote en la mente como única referencia de qué buscábamos, pero sin absolutamente ninguna información más de adónde íbamos. Y las sorpresas se sucedieron.

En aquel momento, la vegetación casi impedía ver la arquitectura del santuario, pero se trata de un edificio notable, enclavado en un lugar agradable, disfrutados uno y otro por las gentes de Borja y sus alrededores desde hace siglos. Nada de lo que vimos en el exterior (las fuentes, las zonas de pinares, el bar de la plaza, el merendero), excepto aquellos letreros direccionales nuevos que habíamos visto en el camino; nada había surgido con motivo del reclamo global que también nos llamaba a nosotros. Allí se respiraba poso secular transmitido de padres a hijos; nada olía a repentina globalización frenética.

Con el transcurso del tiempo la pintura del *Ecce homo* se fue deteriorando, por lo que de vez en cuando fue puntualmente repintada, siempre por alguien de la devota feligresía de la parroquia de Borja



Siguiendo ese tradicional proceder, en 2012, la devota feligresía Cecilia Giménez, pintora aficionada, repintó de nuevo la imagen (Fabián Simón).



Se trata de un edificio notable, enclavado en un lugar agradable, disfrutados ambos por las gentes de Borja desde hace siglos (Autor desconocido).

El ambiente del edificio principal nos hizo olvidar cualquier atisbo de frenesí extemporáneo... durante unos momentos, compartimos y saboreamos la belleza y los ecos de las mil vivencias de sus amplísimos corredores y estancias

Igual ocurría en el interior del edificio principal, el caserón que llaman, construido entre finales del siglo XVI y el XVIII. Su ambiente, no muy diferente al que debió tener en aquellos siglos, nos hizo olvidar cualquier atisbo de frenesí extemporáneo. Y durante unos momentos, compartimos y saboreamos la belleza y los ecos de las mil vivencias de los amplísimos corredores que dan paso a las pequeñas viviendas para peregrinos o veraneantes, de la notable escalera, fechada en 1681, de la planta baja, al fondo de la cual se abría la sencilla puerta de la llamada capilla, a través de la cual, pocos momentos después, íbamos a poder entrar en otro mundo. Un mundo en el que los valores formales e históricos iban a perder su propia razón de ser para justificarse sólo como contenedores destinados al goze efímero de la contemplación de un objeto que, aún estando allí, su imagen ya no pertenecía al Santuario, sino al mundo globalizado.

Antes, eso sí, tuvimos que pasar por el fielato para dejar unos euros, recibir una primera noticia muda de lo que allí había acontecido, y poder comprobar que los peregrinos globales habían sido muchos antes que nosotros, y que habían venido de todas partes.

Así que, después de cumplir con el rito, nos acercamos al objeto deseado y pudimos ver —en directo y desde cerca (¡Qué privilegio!)— el desaguisado. Adriana se hizo el obligado *selfi* para compartirlo inmediatamente con sus amistades, mientras la santera suplente, con gran amabilidad —y absolutamente sorprendida de que alguien le preguntara por la historia y la arquitectura de la iglesia— nos explicó



En el interior del caserón, amplísimos corredores dan paso a las pequeñas viviendas para peregrinos o veraneantes (Arxiu GMN).

En la planta baja se abre la sencilla puerta de la llamada capilla, a través de la cual entramos en otro mundo (Arxiu GMN).



Antes, tuvimos que pasar por el fielato y recibir una primera noticia de lo que allí había acontecido (Arxiu GMN).

Adriana se hizo el obligado selfi para compartirlo inmediatamente con sus amistades, mientras la santera suplente nos explicó cuanto sabía (Arxiu GMN).



cuanto sabía, que algo era. Nos dijo, por ejemplo, que la iglesia era tardo-gótica y que el retablo barroco fue labrado por el escultor Bernabé Mendoza y dorado por el religioso franciscano Fray Manuel Castellón en el año 1754.

Más se extrañó aún cuando me vio fotografiar lápidas. Como la de aquel ilustre rector de la Universidad de Barcelona — Ramón Manuel Garriga Nogués, fallecido en 1906— que en 1901 se confesó español y catalán, pero «no dispuesto a consentir

que desde Madrid le enviasen caballos castellanos para pisotearnos», por lo que el conde de Romanones, tan dialogante como sus sucesores, lo destituyó fulminantemente.

Después de esa visita nuestra al santuario borjano los acontecimientos se han sucedido allí imparables, y vale la pena recordarlos. El número de visitas ha descendido algo, pero aun así 150.000 personas han pasado por allí, sin contar la gente del lugar y los menores de doce años. El negocio se ha diversificado con la venta de chismes y cachibaches de toda condición (que desde marzo de 2016 están disponibles en Amazon) y hace pocos meses se ha inaugurado con tanta solemnidad como ausencia de vergüenza ajena un pomposo centro de interpretación, diseñado por la hija del santero, donde una quincena de paneles explican, en castellano, inglés, francés y japonés, cómo el arrebato restaurador de la señora Cecilia desembocó en el inesperado fenómeno global. Y para el mes de julio de 2016 está prevista la inauguración de un museo, no dedicado a Elías García Martínez, el pintor valenciano, sino a la arrebataada restauradora Cecilia Giménez.

Bien. No es un tema para tomarlo a broma o como anécdota intrascendente. A mi, sobre todo después de nuestra visita en vivo y en directo, me indujo muchas reflexiones, por no decir crisis. Después de tantos años de profundas cábalas y ardorosos debates, de arduos aprendizajes y pacientes diálogos tratando de definir el patrimonio; de tratar de atinar en cómo tratarlo, de acertar en cómo explicarlo, de conseguir cómo mejor difundirlo, de descifrar los mensajes de quienes lo consideran un bien económico o de plantear su prioridad como valor significativo, incluso identitario. Después de llegar a viejo

creyendo que algo has entendido y que algo has aportado... ¡Flash! Descubres que el patrimonio (al menos el patrimonio capaz de aunar en su esencia la condición de bien económico y de signo identitario) puede ser, simplemente, una chapuza, no por bien intencionada ni por inacabada menos chapuza, para cuya eficaz explotación, gestión y difusión no hacen falta ni cábalas ni debates ni aprendizajes, sólo cara y, eso sí, redes sociales.

Y tiene que ver como una palabra y un concepto, la Restauración, por el que has bregado y has discutido —a veces apasionada y arriesgadamente—, se banaliza en el lenguaje de los medios, y en las dichosas redes sociales, hasta ir calando en las mentalidades colectivas. Pero hay algo aún más grave a mi juicio en este asunto del boom del *Ecce homo* borjano: haber dado un nombre genérico en el lenguaje de los medios a los presuntos disparates en restauración y haber abierto la veda para su caza indiscriminada en función de su impacto y rentabilidad mediáticas.

*

Como os imagino al corriente de esa otra polémica mediática, me voy a ahorrar detalles. Sólo recordar que se trata de la intervención promovida por la Junta de Andalucía en el recinto del castillo de Matrera, en el municipio de Villamartín de la provincia de Cádiz. Un bien de propiedad particular cuyo abandono —y la falta de control institucional— fueron la causa del derrumbe, creo que en 2013, de una parte importante de los muros y la bóvedas de la torre llamada del Homenaje.

La Junta de Andalucía encargó, ya tarde, el proyecto de restauración al arquitecto Carlos Quevedo Rojas, cuya experiencia en restauración monumental desconozco, quien calificó su intervención como «consolidación estructural», justificando su criterio de intervención en el mismo que se utiliza, dijo, en la restauración de objetos hallados en las excavaciones arqueológicas. En esta ocasión, la reacción de alguna prensa ha tenido intenciones perversas, al no ponerse sólo en duda la actuación en concreto que se denunciaba, sino el conjunto de la restauración arquitectónica en España, una presumible y abominable «marca España» de restauración.

Una presunta marca que, según denuncia un informe de tufo rancio y confrontación gremial que se publicó por



La restauradora del *eccehomo* de Borja se llevará el 49% de los beneficios del merchandising

El ayuntamiento quiere relanzar la polémica pintura por su 'tirón turístico' con un plan de Interpretación y venderá tazas, camisetas y polos con la imagen.

El negocio se ha diversificado con la venta de chismes y cachibaches de toda condición, desde 2016 disponibles en Amazon (Arxiu GMN).

*La otra polémica mediática:
la intervención en el castillo de
Matrera, en Villamartín (Cádiz).
Arquitecto: Carlos Quevedo
(Francisco Chacón).*

*En esta ocasión, alguna prensa
la ha identificado con una
presumible y abominable
«marca España» de restauración
(Francisco Chacón).*



entonces, tiene su origen (¡atención José Luis González y demás docentes presentes en la sala!) en la formación que reciben los arquitectos en las escuelas de nuestro país en la actualidad, en las que, en casos como éste, dice el informe, se les enseña a adoptar como norma, la «actuación por contraste» por ser «la que les permite un mayor lucimiento personal». En fin.

No voy a entrar a juzgar la obra del arquitecto Quevedo, entre otras cosas porque no he estado allí; pero sí quisiera marcar las diferencias fundamentales de este caso con el de Borja, con el que, a mi juicio, poco o nada tiene que ver, aunque los medios de comunicación así lo crean y difundan.

A diferencia del caso de Borja, la obra de Matrera se trata de una auténtica restauración (y no pretendo con ello aplaudirla); hecha por profesionales idóneos o no, eso quizá cabría discutirlo, pero en ningún caso de una chapuza de diletantes ni de un error de ejecución. Una actuación, además, la de Matrera, planteada de acuerdo con unos criterios previos (erróneos o no, que eso también es discutible).

Por todo ello, así como en el caso de Borja no he echado en falta la reacción de los profesionales (que, de haberla habido, no he sido consciente de ella), en el caso de Matrera, sí. Es cierto que ha habido algunas reacciones desde la profesión, pero las que yo he conocido me han parecido simplemente corporativistas (como pasó en el caso del teatro romano de Sagunto, que por cierto, en alguna prensa se ha vuelto a citar como ejemplo pionero de *Ecce homo* monumental). En este sentido me ha parecido confusa ante la opinión pública la concesión de ese premio de arquitectura, de dudosa reputación, votado a través de *ese-eme-eses*.

Pero sobre todo echo en falta, y me duele, la falta de reacción de quien puede y debiera asumir la responsabilidad de orientar a la opinión pública en temas como éste. Me refiero, claro está, a nuestra Academia. ¿Una vez más pasaremos de largo sin reflexionar conjuntamente sobre un tema de actualidad como éste? Si fuera así, creería sinceramente que el reto que tenemos ante nuestro futuro, no es tanto la revisión de nuestros Estatutos como la revisión de nuestras Estrategias.

La obra de Matrera se trata de una auténtica restauración hecha por profesionales, idóneos o no, eso quizá cabría discutirlo, planteada de acuerdo con unos criterios previos, erróneos o no, eso también se podría discutir